

Transformaciones en el rol del editor y en los modos de producción de bienes literarios entre la década del 60 y los años 2000: el caso de Alberto Díaz (Siglo XXI/Planeta)

Daniela Szpilbarg

UBA-IIGG-CONICET

danielaszpilbarg@hotmail.com

Introducción

Esta ponencia se sitúa sobre la premisa de una serie de cambios ocurridos en el campo editorial durante la década del 2000, que hipotéticamente plantean una suerte de *transformación* del rol del editor, en el marco de cambios muy profundos entre los cuales se destaca la *profesionalización*. En esta ponencia intentaremos observar a través de un caso en particular, los avatares del siglo XX en la edición que han terminado por producir este cambio de los editores tradicionales a la emergencia de los profesionales del libro.

Hay abundante bibliografía que habla acerca de la figura del editor: muchas de estas perspectivas se centran en el carácter *doble* del editor, figura que debe mediar entre la cultura y el comercio. En este sentido consideramos con Pierre Bourdieu (2009) al *editor* como un personaje que debe conciliar el “saber leer” y el “saber contar”. Esta característica primordial del editor significa que este personaje, que tiene el poder de *publicar* una obra, debe conciliar entre un polo comercial y un polo cultural para mantener su posición dentro del espacio del que forma parte. En este trabajo, entonces, intentaremos abordar las transformaciones del rol del editor considerándolo como “intermediario cultural”¹ (Bourdieu 1998; Featherstone 1991). La elección de Díaz como objeto de análisis se entiende en el contexto de algunas consideraciones teóricas de lo que se ha caracterizado como editor tradicional por parte de algunos autores.

¹ Este concepto emerge ante el crecimiento de agentes que participan en la producción y circulación de bienes simbólicos, que se ocupan de la articulación entre el campo de producción y el campo de consumo.

Gustavo Sorá (1999, 2003; 2008) y Hernán Vanoli (2010) han pensado al editor tradicional como inserto en un sistema de relaciones y círculos de sociabilidad intelectual, en donde la relación con escritores, críticos, libreros y otros agentes e instituciones era fundamental. Sorá (1999, 2008) muestra en algunos estudios sobre la editorial José Olympio y sobre la trayectoria de Arnaldo Orfila Reynal, cómo se puede dar cuenta de los editores en tanto “especialistas en relaciones” y expone las relaciones que se trazaron entre los países latinoamericanos y de estos países con España formando redes intelectuales transnacionales mediatizadas por el circuito del libro como una historia de “relaciones sociales tejidas” (Sorá, 2008:98). En definitiva, este autor supone que hay “una función de integración social que se expresa en el rodearse, el tejer vínculos, y generar todo un sistema de relaciones sociales (una comunidad de autores, lectores, traductores) que se objetiva en el catálogo pero también una comunidad laboral de empleados y proveedores que deviene una propiedad primaria de la posición-editor” (Sorá, 2008: 102).

En otro trabajo sobre el caso de Brasil, Sorá (1999) sostiene que hay una serie de procesos de institucionalización que marcan lo que él llama la transformación de un modelo de editor “patriarcal” –una figura cargada de valores de la cultura, verdadera institución en el ámbito político y cultural de la época- a la figura de un “profesional del libro” basado en criterios y competencias mercantiles sobre el mercado editorial.

Hernán Vanoli trabaja también la cuestión de la edición a partir de empresas de los sesenta como *Eudeba*, *CEAL*, *La Rosa Blindada* y *Jorge Álvarez Editor*, las cuales junto al desarrollo del sistema educativo, el periodismo de masas y las revistas literarias, conformaron una esfera pública de lo literario con un importante rol del Estado como formador de “ciudadanías culturales” (Vanoli, 2010). Esta vinculación de los editores con la formación de ámbitos culturales está presente y es central en su estudio de *modelos* a través de los cuales historiza las editoriales en Argentina.

Vanoli no solamente asocia la acción productiva de estos editores “míticos” a la generación de catálogos prestigiosos literariamente, sino que también describe otro tipo de editoriales que hacen a la constitución misma de un campo intelectual muy ligado al campo político en la década de 1960 y 1970, como puede observarse en su descripción de la editorial EUDEBA y que podría vincularse con el caso que analizaremos en este apartado. Vanoli afirma que estas editoriales le permiten postular modelos editoriales

que son “usinas de sociabilidad intelectual” antes que meros sellos de publicación, si se tiene en cuenta la cantidad de intelectuales que se nuclearon luego en el CEAL (Vanoli 2010:20)

Para comprender la mutación que ocurrió en el campo editorial, parece necesario comparar el campo editorial actual con aquel de los años 60. A fin de poner en relación estos dos momentos, es que plantearemos en esta ponencia la historia de la editorial Siglo XXI y particularmente el rol de Alberto Díaz dentro de ella. Siglo XXI aparece como una editorial que en su momento fue capaz de consagrar autores y marcar el rumbo de la cultura en un momento muy particular de la vida política en Argentina y en América Latina.

La trayectoria

Alberto Díaz nació en 1944 en Buenos Aires, en un hogar “de clase media”, según sus propias palabras. Es historiador, aunque refiere que en los primeros años de su juventud comenzó la carrera de Derecho, elección vinculada a ciertos mandatos familiares. Los recuerdos de la infancia remiten a una madre que incentivaba la lectura actuando como “proveedora” de los libros que circulaban, así como la influencia del cine y un primer libro, *Fouché*, novela histórica de Stefan Zweig, como un primer texto que lo impactó en su primera juventud.

Ya en su adolescencia, sus inquietudes políticas lo llevaron a vincularse tempranamente con ámbitos emergentes de militancia política. De hecho, el comienzo de la actividad de la publicación de libros se relaciona directamente con la difusión dentro del marco de una agrupación política en un clima social de profunda politización –el final de la década del 50-, del cual él rescata a la experiencia de la Revolución Cubana como un punto de inflexión que influyó fuertemente en su trayectoria política. La relación con los libros, además, aparece signada por la discusión, la lectura y la experiencia de la socialización en el marco de la militancia.

“Siempre me interesó la historia. El libro que recuerdo que fue el que primero leí fue el Fouché, de Stefan Zweig, todavía me puedo acordar páginas enteras. Cuando ingresé al secundario en 1958, comenzó el enfrentamiento entre educación laica-libre y había un clima de mucha politización en los secundarios. Comencé a vincularse con grupos de izquierda e ingresé en la

Asociación Socialista de Estudiantes Secundarios, pasando previamente por el Movimiento en Defensa del Petróleo Argentino: eran ex militantes, estaba desde el padre del Che Guevara, hasta nacionalistas, había comunistas, un peronista sancionado por la Revolución Libertadora. Yo estaba en segundo año, tenía menos de 15 años. Entré a la política en ese momento: por la Revolución Cubana entré al PS que tenía una escisión: entré en un grupo pro-cubano que fue radicalizándose hacia ser un grupo marxista. En el secundario empecé a publicar libros, porque teníamos un mimeógrafo, y para juntar plata yo descubrí los Manuscritos Económicos-Filosóficos de Marx del 44. No estaban en la tradición de la ortodoxia marxista, entonces hicimos un apunte, una impresión, tamaño grande, con tapa, y lo vendíamos en los bailes, los asaltos. Después ya como forma de libro, publicamos a George Lucaks, las Tesis de Mao Tse Tung. Empezamos a publicar libritos y los distribuíamos...”

Hay otro evento importante que en el relato de Díaz marca sus comienzos en el mundo editorial cuando, ya como estudiante de la carrera de Historia, comienza a vincularse con un grupo de compañeros con los que mantenía una afinidad intelectual que ostentaban un mayor capital económico que él, necesario para plantear el lanzamiento de un proyecto editorial. De este modo surge la Editorial Signos, como un proyecto de estudiantes de Historia a fin de publicar libros que les parecían necesarios y complementarios del modo en cómo se dictaba esa disciplina. Si bien él no formaba parte de la propiedad de la editorial, se transformó por su importancia en una suerte de “socio intelectual” que participaba de las discusiones y del proceso editorial.

Ya en este proyecto puede observarse que la editorial toma forma como el resultado de un grupo de intelectuales que debatían cuestiones políticas que derivaban en decisiones editoriales.

“Cuando empecé a estudiar Historia, nos dimos cuenta de que había una concepción muy atrasada, casi religiosa, de la historia, y formamos un grupo ahí y empezó la editorial Signos, donde empecé a participar pero discutiendo.”

El recuerdo de ese momento se relaciona con un panorama editorial de menos títulos que duraban más en la circulación: la discusión y permanencia de los textos era mayor.

“Había un humor cultural, algo que circulaba, que indicaba que había que leer ciertos textos: tengo una sensación de que había menos títulos pero duraban más. Cuando sale Jorge Alvarez como editorial, se genera un fenómeno respecto del autor nacional. Y una antología se la leía, se la discutía, y estaba tres, cuatro meses en el ambiente de lecturas. Eran libros que se discutían, duraban más tiempo y no pasaban desapercibidos (...)

Otro evento importante que aparece en su relato es la descripción del escándalo en medio del cual terminó la gestión de Orfila Reynal como Director del Fondo de Cultura Económica en México, a partir de la publicación de dos libros por los que deciden echarlo de la editorial. “Los hijos de Sánchez” era un libro de historia oral, sostiene Díaz, narrado en primera persona, que causó una ofensa a la imagen de México. En resumen, este hecho marca el comienzo de Siglo XXI producto de un acuerdo de un grupo de intelectuales. Este evento es analizado por Sorá, quien afirma que en reacción ante el despido de Orfila, quinientos intelectuales de todo el continente apoyaron a Orfila Reynal y lo estimularon para crear otra editorial: Siglo XXI². Plantea Sorá que lo central es analizar el hecho insoslayable de que estos agentes culturales movilizados por principios morales *convergían* en la figura de ese editor. “El alineamiento de esa internacional de intelectuales expresaba una historia de relaciones sociales tejidas, al menos desde mediados de los años 40, por la integración de luchas emprendidas en los distintos campos de poder nacionales en América Latina”. (Sorá, 2008:98)

Siglo XXI surge entonces como consecuencia de un acuerdo político-intelectual: es la resultante de un momento particular de la historia política latinoamericana y aún más, representa también un estado de las redes transnacionales de circulación de ideas³.

² Como detalla Sorá (2008), se propuso armar una sociedad anónima con accionistas dispuestos a no reclamar dividendos, sólo a exigir que toda ganancia se invirtiera en proyectos de edición. Quince días después, se organizó una cena en el Club Suizo a la que asistieron 300 personas que pagaron 100 pesos cada una. Tres meses más tarde se creaba formalmente la editorial Siglo XXI. En semanas la red se amplió a cerca de 600 accionistas. El capital inicial rondó los 250.000 dólares.

³ Como detalla Sorá (2008), Orfila Reynal durante la gestión como Director hizo crecer el FCE creció como empresa y diversificó el catálogo. En los años 40, la editorial había alcanzado notoriedad continental como productora de traducciones imprescindibles para la renovación de las ciencias sociales y humanas y como medio de expresión del ensayismo sobre los problemas de América (2008:101). Al mismo tiempo, se afirma que Orfila Reynal abrió el catálogo a la expresión del pensamiento crítico que dominó la escena intelectual desde mediados de los años 50: por un lado la profesionalización de las ciencias sociales y por otro la avanzada

Alberto Díaz sostiene que Siglo XXI Argentina surgió de esa “confluencia entre el surgimiento de Siglo XXI México, y el grupo de *Pasado y Presente* y José Aricó, que estaban en la ciudad de Córdoba”. Díaz fue en ese momento contratado para cumplir una función administrativa, aunque era una figura “doble” que también asistía a la oficina donde participaba informalmente, en un rol ligeramente “outsider” de las discusiones intelectuales. Así, la editorial se fue constituyendo en un espacio de intercambio social, político, intelectual y simbólico.

Tiempo después, en un momento en que la editorial la manejaban Norberto Pérez y José Aricó, Díaz conoció a la asistente de Orfila Reynal durante una visita de ella a Buenos Aires. Una situación aparentemente anecdótica derivó en un pedido de Orfila de que Díaz participara no sólo de la Gerencia Comercial sino de los Comités Editoriales. Hasta ese momento, su actividad se dividía entre las clases en la Facultad de Filosofía y Letras, la editorial y la militancia en el Socialismo de Vanguardia.

La identidad del grupo de autores de Siglo XXI se reforzó en el contexto de la represión política de la década del 70 y la editorial sufrió un cimbronazo a partir del cierre en 1976. La experiencia del exilio indudablemente produce un quiebre en el relato de Alberto Díaz, y es además el momento más comprometido de la experiencia de la militancia, lo cual le generó un tránsito por distintos países.

Este largo “viaje” significó también la experiencia de conocer autores, propagar el proyecto de la editorial por Colombia y México, lo cual redundó en su propia acumulación de capital cultural y social, lo cual derivó en una gran profesionalización y autonomía como una figura central en el mundo editorial y en la historia de Siglo XXI en particular, aumentando su capital social y simbólico y provocando consecuentemente la “ruptura” de la alianza moral que mantenía con Orfila Reynal.

política de izquierdas marcada por el tercermundismo y la revolución cubana Gustavo Sorá ha analizado en detalle este proceso y afirma que al tiempo de la dimisión de Orfila Reynal, la Revolución Cubana había sincronizado y demarcado nítidamente los principios de acción y oposición entre todos los grupos enfrentados por el poder, en gran parte de occidente. Con Gustavo Díaz Ordaz, Presidente desde diciembre de 1964, el ala más conservadora del Partido Revolucionario Institucional (PRI) buscó clausurar el lugar de México como cuna de la ofensiva revolucionaria cubana y primer país en reconocer el gobierno de Dorticós. El affaire Orfila fue una de las primeras acciones de violencia estatal que anticiparon la «guerra sucia» (Sorá, 2008: 98)

“Yo ya hacía viajes antes, desde 1970: viajaba por toda América para contratar libros: los viajes eran una mezcla de ser periodista, promover libros y conocer autores. Vendía libros y a la noche veía a todo este grupo de autores”.

Debemos afirmar, con Sorá (1999), que se trata de una época en que no existía la figura del distribuidor tal como la conocemos. Por ende, la comunicación y el intercambio entre las distintas casas situadas en distintas ciudades estaba dada por relaciones personales. Así lo narra Díaz cuando relata sus viajes como representante de Siglo XXI, marcando la cualidad de los desplazamientos físicos y simbólicos entre Argentina, Colombia y México durante la larga década del 70.

A la hora de analizar la característica del lazo social que unía a los integrantes de las distintas casas de Siglo XXI, el relato deja entrever que se trataba de vínculos contruidos alrededor de este editor que ocupaba un rol de “figura ejemplar” pero también representaba una figura patriarcal debajo de la cual los otros editores así como los autores e intelectuales se situaban. Este tipo de relaciones son las que dan el tono de “familia” y “casa” de las que habla Sorá al referirse al caso de José Olympio en Brasil, y que pueden ser observadas en el modo en que este enorme grupo de intelectuales decidió defender a Orfila Reynal y promover la creación de Siglo XXI, marcando un fuerte espíritu de grupo y dejando en claro el fuerte componente simbólico del capital detentado por este líder, que se vinculaba con los integrantes de este grupo por relaciones de protección, confianza y fraternidad, y donde reinaban los parámetros de la “cultura, la casa y la familia como principios de integración” (Sorá, 1999:100)

El final de su exilio encontró a Alberto Díaz en México, habiendo renunciado a Siglo XXI y tomado un cargo en Alianza. Y al regresar a Argentina, trabajó en Alianza y en Losada, hasta que en 1993 Guillermo Schavelzon lo contactó porque Planeta había comprado Espasa Calpe y se había hecho cargo de los sellos Seix Barral, Destino y Deusto. Tomar ese trabajo implicó otro momento de quiebre en su biografía, ya que significó entrar a trabajar a Planeta, con un trabajo full time que implicó la renuncia a la Universidad. Hasta ese momento, el trabajo editorial, el trabajo intelectual y la docencia se encontraban interrelacionados, incluso espacialmente.

¿Qué es lo que se rompe?; ¿qué cambia desde el momento en que Díaz vuelve a Argentina en la década del 90? Aquí se produce un quiebre en su trayectoria editorial

que permite separar la “Etapa Siglo XXI” y la “Etapa Planeta” como dos períodos muy diferenciados:

Sorá sostiene que las viejas empresas donde reinaban ese tipo de criterios y capitales sociales tan fuertes, sufrieron los avatares de la llegada de la burocracia y la financiarización del mundo cultural, que empezaron a provocar consecuentemente la profesionalización de los editores. La diferencia central, como veremos al conocer el relato de Díaz sobre su experiencia en Planeta, está marcada por la emergencia de la “asociación entre intelectuales y hombres de negocios” (Sorá, 1999:97). La inclusión de nuevos actores marca también los nuevos giros discursivos que penetran en las prácticas habituales de la tarea editorial: sectores, áreas, gestión, productividad, etc. Este tipo de palabras reflejan para Sorá la filosofía actual de las sociedades editoriales, llevadas adelante por directores que no necesariamente pertenecen al mundo de la cultura, como también podremos observar al analizar los casos de nuestra muestra.

Volviendo a la trayectoria de Alberto Díaz, podemos encontrar una primera etapa donde el trabajo editorial se vincula fuertemente con la actividad intelectual y política y donde predomina el capital social y el capital simbólico de la editorial se construye sobre trayectorias que representan a individuos ligados a la historia del campo cultural. Es un periodo signado por viajes y por la militancia política. Un proceso de conformación de sus aptitudes como editor que se funden con el aprendizaje político personal que se acompaña de la consolidación de un proyecto editorial, el cual termina de formarse y se traduce en redes internacionales en el período del exilio. El segundo período, más vinculado con la edición literaria, que transcurre en Planeta desde 1993 y que continúa en la actualidad, combinando sus aptitudes como profesional del campo editorial con ser una figura que detenta un rol como parte de la historia del campo cultural.

Yo me encargué principalmente de Seix Barral y ahí le di un gran impulso: contraté a Saer, a Abelardo Castillo, a Mempo Giardinelli, a María Elena Walsh, a Piglia, los tres libros malditos de Borges de la década del 20, Sábato. Contratábamos obras completas. Caparrós, De Santis, Federico Janmmaire, Gombrowicz, Manuel Puig, Andrés Rivera, Esto fue la primera etapa de lo que hice yo en mi entrada en el grupo.

A fin de observar las transformaciones de su rol en la Editorial Planeta perteneciente a un gran grupo editorial, se le pregunta entre otras cosas, por el grado de intervención o

control de la casa matriz en su actividad. Díaz sostiene que “el control no es nunca ideológico, sino que se trata de un control económico”, ya que hay un objetivo económico que debe ser cumplido. El elemento que ejerce ese control a lo largo del año es el *presupuesto*. Es este registro el manejo que todos los editores deben tener de estas planillas presupuestarias lo que cumple esta interlocución o control de parte de la casa central.

“Hay cierto grado de autonomía en el contenido, pero no hay autonomía en lo comercial. Cuando cumplís el presupuesto, tenés un bono, un premio, más allá del sueldo. Y esta concentración bestial hace que los salarios sean más bajos, porque hay pocos puestos. Ese control se vuelve natural, es el control de la parte administrativa. Si gastamos mas en marketing, entonces proponemos vender más. Si los números dan, los de administración ni vienen. Si algo anda mal, ahí vienen a consultar.”

Luego de la dirección de Espasa Calpe, tomó la Dirección General de Planeta en 2001. El momento de las fusiones toma la forma de dos recuerdos: el primero es una mudanza verdadera, de un edificio estilo art-decó a un edificio de oficinas con la intención de achicar estructuras. El segundo recuerdo, narrado de forma muy significativa, es la compra (y venta) de Emecé, la cual se realiza, de acuerdo a la narración de Díaz, en una atmósfera casi conspirativa:

La compra importante fue la de Emecé. Yo no participé, participaba el CEO que era Julio Pérez. Muerto el padre, los Del Carril, pusieron en venta la editorial. Los hermanos querían vender pero la madre no. La madre estaba muy enferma y la condición era que la compra se concretaría luego de que muriera la madre, porque ella se oponía. Cuando salieron a venderla, la mejor oferta fue la de Planeta. Cuando se murió la madre, se concretó la venta, en el 2001. De las 50 personas que tenía Emecé, acá llegaron 20”.

Dentro del paradigma de una editorial transnacional, reconoce una tendencia a separar su trabajo y sus decisiones editoriales como si se aplicaran solamente a algunos de los libros publicados. Cuando se lo invita a comparar su trabajo en Siglo XXI respecto a Planeta, este editor identifica ciertos cambios que indican las transformaciones de su tarea: el primer cambio se refiere a que el trabajo en Siglo XXI era más informal, sumado a que su experiencia en Siglo XXI la recuerda como una “escuela”.

Informalidad, horizontalidad y falta de planificación, son características que aparecen cuando describe su primera etapa de trabajo editorial.

En Planeta, contrariamente, identifica una estructura vertical con más cantidad de empleados estratificados en áreas y sostiene que los empleados de Prensa, Marketing, y área comercial, participan de las decisiones acerca de la tirada. Otra diferencia que encuentra es el modo de llegada de los libros y los mecanismos de selección:

“En la época de Siglo XXI, las recomendaciones eran más presentes. Había una relación más horizontal, más de discusión, tenías intereses políticos y académicos que te unían a tus compañeros de trabajo. La edición formaba parte del ámbito de la vida cotidiana, había un continuo del trabajo y de la vida, no había horario de entrada y de salida. Los libros eran más centrales y tenían también más permanencia y más importancia. Ahora en Planeta la relación con los libros que llegan es diferente”

Conclusiones: dos momentos del campo editorial

Volviendo a la figura de Díaz, podemos trazar dos momentos diferentes de su trayectoria: cada uno de estos parece estar determinado por imperativos que operan sobre los modos de realizar el trabajo de editor, uno tradicional y uno que forma parte de una estructura de ingeniería editorial característica de empresas que emergen en el momento de la concentración de empresas de fines de los 90.

En la primera etapa podemos mencionar la existencia de un tipo de capital patriarcal, una forma específica que tomaba el rol del editor en un tipo de estructura de los emprendimientos que tenía una lógica familiar y que como afirma Díaz, la edición formaba parte del ámbito de la vida cotidiana, había un continuo del trabajo y de la vida. En este tipo de empresas, existía un fuerte componente familiar y una importante vinculación con el editor fundador, lo cual determinaba el tipo de relaciones de lealtad que imperaban, donde las relaciones se establecían a través del conocimiento personal y la confianza, y en donde además – si tenemos en cuenta el caso de la primera etapa de Siglo XXI- el capital político y moral eran fundamentales para entender los modos de relación, permanencia e identificación dentro de la editorial y con el proyecto de la editorial. En definitiva, puede afirmarse que la editorial misma era “un proyecto”.

Con la aparición de las empresas accionistas, comenzó a generarse una transformación de los vínculos al interior de las editoriales ya que ese tradicional esquema de lealtades se rompió o debilitó, cambiando el tono del que estaba hecho el lazo social en el campo.

Eso se observa por ejemplo en las sensaciones con las que una editora como Trinidad Vergara vivió la venta de la editorial de su padre, donde ella misma trabajaba. Así se fragiliza la idea de que un editor “represente” moralmente una marca, una casa editora, y por ende los editores pasan a circular de una empresa a otra, valorados por sus habilidades y competencias técnicas. Es el caso analizado, en el cual observamos cómo luego de un derrotero de muchísimos años en la Editorial Siglo XXI – con la cual se encuentra inevitablemente identificado- Alberto Díaz pasó a trabajar en la Editorial Planeta, disolviéndose así su identificación con Siglo XXI para pasar a poner en práctica sus competencias, relaciones sociales y habilidades adquiridas durante su trayectoria, siendo “comprado” así por un gran grupo editorial.

Es este tipo de movimientos en el campo los que dan cuenta del tono de la *profesionalización* que comienza a imperar a partir de los procesos de mediados de la década del 90 y que según Gustavo Sorá (1999) marcan el pasaje de un modelo “de dominación patriarcal tradicional a un modelo burocrático racional” fundado en los discursos provenientes de la gestión de empresas, lo cual determina dos modos diferentes de generación y acumulación de capital.

Recorrer esta trayectoria ha sido útil para modelar una tendencia imperante en el medio internacional desde los años 80, a partir de la que se tiene una nueva vivencia de la “profesión” editorial. Como ha afirmado Gustavo Sorá, si en el pasado la representación de las editoriales como *casas* condicionaba la permanencia en una misma institución por lazos de lealtad, de parentesco práctico, y de relaciones personalizadas de naturaleza “social” y/o intelectual, en la actualidad el editor o el funcionario exitoso pasa a ser pretendido por diversas empresas, por lo que el *tránsito* es un indicador de progresión en el medio editorial internacionalizado, que realza la valoración de las disposiciones técnicas de los agentes.

Bibliografía utilizada

De Sagastizábal, L y Esteves Fros, F. 2002 (comps). *El mundo de la edición de libros*, Buenos Aires, Paidós

Botto, Malena. 2006. "La concentración y la polarización de la industria Editorial." en De Diego, J. (comp) *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, Pierre (2006). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Buenos Aires, Anagrama

Bourdieu, P. *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999

Bourdieu, Pierre (2007) *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI

Sorá, Gustavo: "Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años '60" en *Revista del Museo de Antropología* 1: 97-114, 2008 / ISSN 1852-060X Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Sorá, Gustavo. 2003 *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Libros del zorzal, Buenos Aires.

Sorá, Gustavo 1997 "La maison et l'entreprise", *Actes de la recherche*, Paris

Sorá, Gustavo. 2008 "Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en tierra firme". En Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina* (vol II), Buenos Aires, Katz Editores

Thompson, John (2010) *Merchants of culture*, Polity Press, Londres.

Vanoli, Hernán (2010) *Por una sociología del espacio editorial* (tesis de maestría no publicada)